

# EUROAMERICANO

VIII CAMPUS DE COOPERACIÓN CULTURAL

## Cuenca ciudad de las Ciencias, el Conocimiento y los Saberes

Paúl Granda López  
Diego Carrasco Espinoza  
Marcelo Abril Bustamante

La memoria cultural de los pueblos guarda celosamente los procesos que la forjan, se enorgullece de aquellos momentos sublimes que emergen a partir del impulso de sus creadores y culminan, en muchos casos, sin individualizar a sus gestores y actores, consignando anónimamente sus nombres en la historia hacia el destino que por derecho les corresponde.

La actividad en la cultura no es una expresión institucional sino una responsabilidad con la diversidad de acciones desarrolladas por el ser humano, que nos recrean e identifican en las diferentes manifestaciones que nos vuelven especiales y únicos.

Los matices que gestan la historia nos pertenecen por igual desde los orígenes, aún cuando se tengan puntos de partida diferentes, el ancestro pesa y reclama, el presente exige, la conciencia de ser obliga.

Desde su origen, Cuenca ha sido una ciudad visionaria, de cara al futuro, con interés por la preservación del agua, el medio ambiente, la convivencia entre vecinos, con un alto valor humano y de orden ciudadano que aún se puede apreciar.

Un encuentro de cultura en esta ciudad de pujanza, de historia, de saberes milenarios, de ciencia, artes, tradiciones será el espacio ideal para debatir las nuevas formas de desarrollo de los pueblos y el papel que la cultura tiene en ese proceso cada vez más cuestionado y necesario a la vez, donde los significados y propósitos del hacer cultural sean ampliamente debatidos y queden sembrados en la memoria colectiva para desde ahí pensar en el futuro.

La categoría de desarrollo es connatural al capitalismo y a la modernidad. Y más particularmente: los siglos XIX y XX vieron el avance incontenible de esta idea del “desarrollo” como una meta a alcanzar con límites indefinibles, y que auguraba arropar a todos quienes estuvieran dispuestos a entrar en su lógica, en un supuesto e interminable proceso de bienestar para la humanidad.

Las nuevas tecnologías, el ilimitado desarrollo de la ciencia – que nunca vio demarcación ética, de sostenibilidad o de moral en sus afanes – la concepción depredadora y extractivista de la economía, sin mencionar las oprobiosas condiciones de explotación de unos por otros que promovió la modernidad: hombres sobre hombres, naciones sobre naciones, neocolonialismo; además del insultante desprecio de toda otra forma de conocimiento o saber que no fuese el encarnado en la perspectiva cientificista – racionalista, conformaron en realidad un paradigma insostenible que no solo provocó las peores guerras que la humanidad ha vivido, sino además la más seria crisis ecológica de la historia humana: una debacle ecológica con la naturaleza y en los propios ecosistemas sociales, ha desnudado la realidad de un modelo impracticable en el planeta, y que, sin dudas, pone en riesgo la subsistencia y viabilidad de la especie humana.

Sin embargo, esta modernidad también promovió, como nunca antes, el avance de las tecnologías de la comunicación, la producción y circulación cultural, simbólica y artística; la igualdad de derechos, las grandes revoluciones democráticas que, desgraciadamente, fueron sistemáticamente traicionadas y convertidas en instrumentos de dominación.

La crisis de esta modernidad agudizada tras las guerras mundiales en las que se asesinaron a más de cien millones de personas, denunciada primero por Heidegger en su Carta sobre el humanismo 1, había sido anticipada desde el siglo XIX por el marxismo y el existencialismo. Esta hecatombe de la modernidad genera lo que desde los años 60 del siglo veinte, empezamos a llamar POSTMODERNIDAD con todas sus derivaciones, incluidas las desorbitadas posiciones de quienes anunciaban el fin de la historia para promover al capitalismo imperialista globalizado como forma final y más acabada del desarrollo.

---

<sup>1</sup> Peter Sloterdijk sostiene en su [Reglas para el parque humano](#), que fue Heidegger quien inauguró la postmodernidad contemporánea con su [Carta sobre el humanismo](#), escrita en el otoño de 1946.

Esta postmodernidad delineó los límites, y también los alcances culturales de este paradigma que en esencia no ha variado desde el cénit de la modernidad iniciado en 1789. La postmodernidad misma puede ser asumida – en muchos de sus aspectos – como la forma cultural y conceptual que asumió el neoliberalismo de la segunda mitad del siglo XX.

Pero, tras las guerras mundiales, sectores marginales de la intelectualidad lúcida, de los científicos conscientes y líderes espirituales, estructuran otras formas de pensar que difícilmente pueden subsumirse en las perspectivas postmodernas. Ideas que advierten del colapso de la especie y la ecología, como antes enunciamos; sobre la imposibilidad de mantener cualquier esquema económico productivo sustentado en la extracción de recursos y en la explotación del hombre por el hombre; propuestas que muestran la inviabilidad de economías sostenidas por el consumo y las ficciones financieras; incluso, los hay, quienes exigen la desaparición de las formas de Estado erigidas en innecesarias visiones de soberanía nacional cuando los problemas que se viven son planetarios. Formas de soberanía que deben ser rendidas a principios superiores como el respeto a la vida, la diversidad, la naturaleza como objeto y sujeto de derechos, y la generación de hábitats más equilibrados y armónicos para todas las especies, y para el mundo.

Muchos de estos pensadores han encontrado referentes culturales nuevos, diferentes y altamente desarrollados, en otras fuentes como los pueblos originarios de varias partes del mundo, quienes ofrecen visiones y mecanismos disímiles a los de occidente, para apropiarse de la realidad y el entorno (social o natural): José María Arguedas sostenía que no seremos capaces de pensar el desarrollo de nuestra naciones, mientras no resolvamos la contradicción fundamental entre la forma de vida occidental, sustentada en una relación individualista con el mundo, y la que propugnan nuestros pueblos originarios, basada en una perspectiva comunitaria de la vida, que incluye a la Pachamama como parte de dicha comunidad.

Más cercanamente se advierte el colapso de las naciones hegemónicas, la emergencia de economías nuevas bajo los mismos parámetros de “desarrollo” (China, India, Brasil, Rusia) que solo han complicado las ya difíciles condiciones de la economía y los mercados globales; la galopante crisis europea, cimeramente representada en la situación de Grecia, Irlanda, España o Portugal, nos enfrentan a una sola realidad: es imprescindible que los paradigmas sobre lo que es el verdadero desarrollo del ser humano deban ser revisados, actualizados y sobre todo, responsablemente asumidos con miras a darle viabilidad a la raza humana sobre el planeta que, bajo el modelo actual, ha llegado al límite de la expoliación de sus recursos.

No podemos dejar de mirar el impresionante desarrollo tecnológico del cual el ser humano dispone. Desarrollo tecnológico que ha creado nuevas realidades en el ámbito de la cultura, de la ciencia, del arte. No en vano pensadores como Jean Baudrillard, asumen que ya no asistimos al devenir cultural mismo, sino al simulacro de la cultura, que de la mano de este desarrollo tecnológico, estructura espacios virtuales de vida cultural y social, que no son los reales, sino en los cuales el espectáculo, la simulación y la fascinación por la tecnología, devienen similares al papel hegemónico e imperialista, que en épocas pasadas tuvieron las religiones sobre la vida social, con iguales halos de misterio, exclusivismo y segregación ante quienes no tienen acceso a estos recursos.

Sin embargo, a diferencia de Baudrillard, pensamos que en estas nuevas tecnologías sí existe la cultura y la sociedad. Cada vez mayor cantidad de pensadores, de artistas, de políticos y de procesos sociales reales, pasan por ellas. Es impensable el arte contemporáneo sin considerar los nuevos soportes tecnológicos en los que ahora se expresa, como sería imposible pensar fenómenos políticos como el de los “forajidos” en Ecuador, la Primavera Árabe en el norte de África y el Medio Oriente, o la más reciente ola de “indignados” en Nueva York o Europa, sin el peso que en ellas han tenido las formas de comunicación que ahora nos ofrecen las tecnologías. No solo estamos entonces ante nuevas formas del arte y la cultura, sino ante nuevos y reales actores sociales y políticos nacidos de la mano de las innovaciones técnicas, lo cual estructura un nuevo y complejo universo cultural, social, comunicacional y político.

América Latina, sin embargo, ha escapado “milagrosamente” para unos de este sino de los tiempos. Asumiendo que acá las crisis se desataron en las décadas anteriores, que construimos la región del planeta que aún es la más inequitativa en cuanto a distribución de la riqueza, que fuimos salvajemente usados por todas las necesidades opresoras y extractivistas de las metrópolis hegemónicas; no solamente hemos evadido las crisis sino que, desde la subalternidad, desde la periferia, desde el reconocimiento de nuestras heridas y nuestras fortalezas, hemos comenzado a andar derroteros propios que, a despecho de las teorías tradicionales y ortodoxas de la economía, están mejorando sustancialmente los niveles de vida, la riqueza, la conservación de los recursos, la potenciación de los intelectos, como nunca antes en la historia, tal es el caso de nuestro Ecuador bajo el gobierno de la Revolución Ciudadana. Ciertamente es que nuestro modelo aún apunta, en la práctica, a formas de bienestar similares a las del capitalismo que se cuestiona – recuérdese, como dicen Don Beck y Cris Cowan<sup>2</sup>, que toda nueva época tiene mucho de la anterior como es lógico – o que aún no resolvemos cómo profundizar nuestra propia visión, sin lesionar lo que la humanidad ha conseguido en términos de derechos y libertades. Pero, no es menos cierto, que también en lo cultural el mapa del mundo – incluso en las visiones hegemónicas que aún se sostienen en las metrópolis – requiere cada vez más de pasar por nuestro suelo y nuestras realidades. Son los pensadores, los artistas, los creadores y gestores de acá, de Latinoamérica, quienes en más de un aspecto marcan desde ya los derroteros.

Bajo lo expuesto, es imprescindible desarrollar nuevas ideas, nuevas formas de relación y de vida, nuevos paradigmas en definitiva, que abarquen a los individuos, a las organizaciones de individuos y a las sociedades en su conjunto. Y, estamos convencidos, que en este camino hacia superar los acuciantes y angustiantes problemas que enfrentamos, la cultura tiene un papel fundamental como portadora de unidades de lo más excelso del conocimiento humano, y de lo mejor de los principios y valores de esa humanidad, en favor del mundo y el planeta.

Pensar entonces en la necesidad de una nueva estructura de las relaciones culturales, ante los nuevos paradigmas en construcción, es parte del devenir al que – no sin tropiezos – nos vamos encaminando.

La visión de Cuenca, Patrimonio Cultural de la Humanidad, ciudad de las ciencias, el conocimiento y los saberes, exige un cambio radical en el proceso cultural de la urbe, pero también nos enseña el valor y el esfuerzo de su gente, es la conjunción de múltiples esfuerzos, de gestión y trabajo, una suma de capacidades, mucha voluntad, dedicación cotidiana y el aprendizaje diario.

Las opiniones manifestadas en este documento son responsabilidad de sus autores, no reflejando necesariamente la opinión de las entidades organizadoras del VIII Campus, titulares de los derechos de reproducción, comunicación y distribución pública. Para una reproducción de los contenidos, solicitar autorización previa a [info@campuseuroamericano.org](mailto:info@campuseuroamericano.org).

---

<sup>2</sup> BECK, Don y COWAN, Christopher. DINÁMICA ESPIRAL. Edición digital.